

LA HUELLA ETNOGRÁFICA EN LA NOVELA DE JULIO LLAMAZARES "LA LLUVIA AMARILLA"

(Toda la cursiva corresponde a trozos textuales de la novela).

Ricardo Berdié Paba

"La lluvia amarilla" es la historia de un pueblecito del Pirineo aragonés, Ainielle, relatada a través del monólogo de un personaje principal, Andrés¹, que es el último habitante que queda en el pueblo. El relato, que discurre en forma de lo que podríamos considerar una "historia de vida" es una bella y poética descripción del final de un pueblo, en la que éste, el pueblo, se identifica tanto con el personaje Andrés que ambos, Ainielle y Andrés, corren paralelos en su destrucción, en su abandono: *"La primera en cerrarse había sido la Casa Juan Francisco. ... La marcha de los de Casa Juan Francisco fue el comienzo tan sólo de una larga e interminable despedida."* *"Lentamente, sin que apenas pudiera darme cuenta, la herrumbre comenzó su avance indestructible. Poco a poco, las calles se llenaron de zarzas y de ortigas, las fuentes desbordaron sus cauces primitivos, las bordas sucumbieron bajo el peso del silencio y de la nieve y las primeras grietas..."* *"...desde el lugar en que mi padre contempló también un día el paso inexorable de*

1

En la novela el personaje es Andrés de Casa Sosas. En la realidad, el último habitante de Ainielle fue José de Casa o Rufo, que abandonó el pueblo tras ser convencido por su familia en 1971, cuando llevaba diez años viviendo solo en el mismo. (Según consta en la obra de Enrique Satué Oliván "El Pirineo abandonado", ed. DGA 1991.)

los tuyos, he asistido, ya impasible, a la descomposición final del pueblo y de mi cuerpo y he esperado..." A lo largo de la narración, como veremos, el "personaje" pueblo se impone sobre los demás, integrándolos y forjando una relación entre ellos que da identidad propia a lo que ha venido siendo una constante en otros pueblos de similares condiciones: la evolución, a través de la destrucción física y humana, material y espiritual, que sufren los lugares que van siendo abandonados.

En la novela se reconocen las características de Ainielle, su ubicación en la geografía pirenaica, sus relaciones y dependencias de esa situación específica, un paisaje y un clima que influyen en la vida de los habitantes, unas formas de existencia íntimamente vinculadas con la naturaleza; y también, sentimientos, miedos, vivencias y costumbres que se impregnán de dos elementos vertebrales de los pueblos que se apagan: la soledad y la memoria. A lo largo de la historia la "lluvia amarilla" marca el ritmo de un tiempo que se agota, que languidece poco a poco y que tiñe del color del otoño el lugar que se muere.

La relación entre etnografía y literatura queda clara en este libro y de esta forma se hace patente la apreciación de Mikel Azurmendi cuando señala que "la etnografía, como artefacto que produce significado, pende de su hilo narrativo. ...Esas (se refiere a las obras de Sófocles o Eurípides) y muchísimas otras obras literarias son auténticas etnografías por su arte (que eso era techné) en describir la acción humana, y sólo una incomprendión de ésta constituye el obstáculo mayor en la etnografía, a saber, nuestra creencia desorbitada en los modelos conductivistas y mecanicistas de explicación..."² "Recorrer, leer, las páginas de "La lluvia amarilla" es recorrer la vida de un pueblo".³

EL LUGAR

Ainielle está situado "*en las montañas del Pirineo de Huesca que llaman Sobrepuesto*", a unos 1.355m de altitud en la comarca del Serrablo, entre el barranco de Otal y el barranco de Oliván, en la ladera que mira a Sabiñánigo. "*Visto desde la loma, Ainielle se cuelga sobre el barranco, como un alud de casas y pizarras torturadas, y sólo en las casas más bajas - aquéllas que rodaron atraídas por la humedad y el vértigo del río- el sol alcanzará a acarrear aún algún último destello al cristal y a las pizarras*".

Es este lugar, indisolublemente ligado a un clima y a un paisaje, el que determina las relaciones, las ocupaciones, las costumbres, el éxodo; es este lugar el que afianza la

2

Mikel Azurmendi. Etnografía y Narrativa. En Antropología y Literatura. Ed por DGA Colección Actas, 34. 1995 pag. 18

3

José Luis Acín Fanlo. "Las otras lluvias. Pueblos deshabitados del Alto Aragón". Ed. Ibercaja. Colección Boira.

resistencia de Andrés, el que pervive en su memoria y sus acciones, el que se rebela contra el tiempo hasta la extenuación de quien trata de conservarlo hasta la muerte..

El invierno en este pueblecito de la montaña pirenaica era causa fatal que corroía lentamente: "...era la nieve, que caía ya como una maldición antigua y blanca sobre Ainielle y que empezaba a sepultar enteramente una vez más los tejados y las calles."

La ventisca y la nieve, el clima, el paisaje, marcan la memoria de las gentes y, también, sus estados de ánimo: "...mientras el sueño volvía a apoderarse nuevamente de mis ojos, la nieve de la infancia comenzó a fundirse en ellos -como si la visión de la ventana y de la nieve que caía sobre el pueblo formaran también parte del recuerdo-, añadiendo a la noche la estela de otras noches, arrancando al olvido la soledad primera, transformando en memoria la mirada y el sueño."

Las actividades y ocupaciones eran en la primavera y el verano, en invierno la quietud y la soledad exacerbadas, ...pero también la fiesta:

"Dichoso lugar Ainielle,
que celebra a fiesta
en o tempo d'a nieve.
Pa ramal d'a campana,
de caxico(roble) una rama.
Pa incensarios, unos pucheros
que por os ujeros sacan flama."⁴

Autor popular.

Mientras Andrés espera la llegada de quienes desde Barbusa han salido a buscarle a Ainielle, piensa que "alguno recordará cuando subía a visitar a sus parientes en las fiestas de otoño o de Navidad."

Pero siempre, en contraposición al invierno, de nuevo la vida ligada al lugar: "Era el río, el bramido de la nieve al derretirse, la torrenteras desbordadas por los caminos y barrancos que llegan hasta Ainielle, el resurgir del sol y de la vida después de tantos meses sepultados bajo el hielo."

¿Pero qué relaciones creaba ese lugar, ese pueblo que para Llamazares es el paradigma de otros pueblos pirenaicos?

LAS RELACIONES Y LAS COSTUMBRES

Al rastrear el relato vemos aparecer numerosas relaciones que en el pueblo se establecen, diáfanas en ocasiones o complicadas muchas otras veces,

⁴ Enrique Satué Oliván op. cit. pág. 75

diversas como la vida en cualquier lugar aunque también específicas, propias de "ese lugar concreto". Con la seguridad de no agotarlas todas, veamos algunas.

LA CASA es la célula que mantiene al pueblo, a ese pequeño pueblo de diez casas , una iglesia y un molino. El pueblo es en cuanto que ella se mantiene, y comienza a dejar de ser cuando LA CASA empieza a perderse. La Casa es tan importante, tan vital, que el personaje de la novela recuerda qué supuso la marcha de su segundo hijo, Andrés también de nombre, a Alemania. Era el único que le quedaba tras la muerte de su hija Sara y de la desaparición, durante la guerra civil, de su otro hijo Camilo. La marcha de Andrés, en relación con La Casa, marca para siempre un tipo de relación familiar.

"Cuando Andrés se marchó, su madre lloró como si hubiera muerto. ...Yo, en cambio, el día que se fue, ni siquiera me levanté de la cama a despedirle." Se está refiriendo al año 49. *"La partida de Andrés dejó un vacío tan grande dentro de la casa que, aunque su nombre nunca más volvió a ser pronunciado dentro de ella, tampoco ya volvería a ser igual desde aquel día. Era lógico. Con Andrés no se iba sólo un hijo. Con Andrés se iban también las últimas posibilidades de supervivencia de la casa y la única esperanza de ayuda y compañía que, en la vejez cada vez más cercana y más temida, su madre y yo tendríamos un día".*

Es por eso que el autor hace volver a Camilo, el hijo muerto en la guerra, en forma de sombra fantasmal para ocupar el puesto de su hermano. Pero, ¿es el autor para añadir poética a la obra, o es el propio personaje el que reclama la vuelta, aunque sea frantasmal, de su hijo, para intentar conjurar el terrible drama de la caída de La Casa? *"Era lógico - dice el cabeza de familia de la Casa de Sosas- pues, que Camilo volviera, al cabo del olvido y al cabo de los años, para ocupar el sitio dejado por su hermano. Él era, en realidad, el designado por la sangre y la costumbre para heredar mi puesto, el día que muriera, al frente de la casa."*

En el pueblo, las otras casas, las que se habían ido abandonando primero, también tienen sus leves pero características pinceladas de historia: La Casa Julio, la de Goro o la de Chano, la Casa de los Acín, la Casa Bescós, la Casa Grande, la Casa Lauro o la Casa Juan Francisco, la primera en cerrarse, hacía ya muchos años, cuando Andrés, el personaje, aún era niño. *"La marcha de los de Casa Juan Francisco fue el comienzo tan sólo de una larga e interminable despedida, el inicio de un éxodo imparable que, dentro de muy poco, mi propia muerte convertiría en definitivo."*

Y de La Casa como centro de relación familiar, en la que la disyuntiva amor-odio no está exenta de la propia relación Casa-Pueblo, tal como hemos visto en la relación de Andrés (padre) con Andrés (hijo), o en la descripción de la Casa de los Acín: *"Recuerdo, pese a ello, al viejo matrimonio, sentado ante su puerta y siempre solo, y recuerdo a aquel niño (también yo lo era entonces) al que, según decían, tenían encerrado en el establo, con las caballerías, para que nadie viera su horrible raquitismo*

y monstruosidad. Se decía también que, por las noches, lo amarraban a los barrotes de la cama y que se le oía gemir hasta el amanecer." , de La Casa como centro de relación, decía, se pasa a otro tipo de relaciones externas.

Aunque antes de pasar a ellas vale la pena detenernos algo en la relación matrimonial. Recuerda Andrés su relación con Sabina, relación que cambia en cuanto ambos quedan solos en el pueblo: "*Ahora, en cambio, a Sabina y a mi, el fuego y las palabras nos volvían más distantes, los recuerdos nos hacían cada vez más silenciosos y lejanos.*" Pero tras la muerte de su mujer la relación continúa. Después de su suicidio, colgada de una cuerda en el viejo molino abandonado, símbolo acaso de la época más próspera de Ainielle, Andrés, que tras encontrársela se había anudado la cuerda a la cintura, la lanza a la nieve para ocultarla por miedo a que Sabina volviera a buscarla. Sin embargo, cuando meses después llega el deshielo y recupera la soga, vuelve a atársela a la cintura porque "*era el alma sin dueño de Sabina.*"

Nada es lineal en las relaciones humanas y sociales que describe el narrador de la historia de Ainielle. "*Cuando aún estaban Julio y su familia, y antes, cuando Tomás no había muerto, nos reuníamos en una de las Casas, junto a la chimenea... contándonos historias y recordando personas y sucesos, casi siempre de otro tiempo.*

El fuego, entonces, nos unía más que la amistad y la sangre. Las palabras servían para ahuyentar el frío y la tristeza del invierno. ...Los tres nos ayudábamos en el trabajo, compartíamos los pastos que antes fueran de todos los vecinos y, por las noches, después de haber cenado, nos reuníamos todos en una misma casa junto al fuego charlando y recordando." El fuego aparece en la vida social de Ainielle como elemento de unión, de comunicación, de encuentro, con ese carácter casi sobrenatural que ha tenido en muchas épocas de la historia y de las civilizaciones.

Pero en las relaciones con los demás, la fidelidad al pueblo está por encima de todo. Andrés recuerda cuando en una ocasión vuelve Aurelio, de Casa Aurelio, a recoger muebles y utensilios que había dejado abandonados tras su abandono del pueblo: "*...me eché a un lado y le apunté sin dejar un solo instante de mirarle. Por eso, le obligué a que se marchara sin cruzar una palabra ni dejarle llevar nada. Y cuando al fin se hubo perdido tirando del caballo entre los árboles, disparé contra la lluvia para hacerle comprender que jamás debía volver, porque éstos ya no eran ni su casa ni su pueblo.*"⁵

5

Frente a las relaciones muy endogámicas de los pueblos de la montaña se levantan, en ocasiones, opiniones de un radicalismo urbano excluyente y poco matizado que tampoco están basadas científicamente en estudio alguno sobre la diversidad y complejidad, la violencia también, de relaciones que se dan en la ciudad. Así, Félix de Azúa, escribió recientemente en un artículo del suplemento de EL PAÍS "Babelia" (29 junio 96), lo siguiente: "Nada hay más sórdido que una sociedad pura y sin mezclas. Esos pueblos montañeses, clausurados entre los peñascos de su orografía y los peñascos de sus cerebros, esos pueblos que se consideran obra específica de Dios y que acaban matándose entre sí para averiguar quién es más idéntico a sí mismo, son el pudriadero del espíritu."

Las actividades cotidianas formaban también parte de las relaciones sociales. Tanto cuando subían al monte por leña o, en el verano, con los rebaños. De vez en cuando se trasladaban a Biescas o a otras poblaciones a vender el centeno cuando había madurado, o a vender las ovejas y muebles viejos. "*Bajé a Biescas a cambiar pieles por tabaco y semillas para la siembra.*" Se trabajaba cuidando, también, rebaños de otros, así como de la caza y de la cosecha propia.

Andrés salía del pueblo pocas veces: "*una en abril, para comprar en Casa Pallars comida y munición a cambio de pieles, y acaso otro par de ellas en septiembre, hasta Broto o Sabiñánigo, para vender en el mercado algún saco de fruta de la mucha que ahora se pudría en los árboles de Ainielle.*" Con todo ello, y con lazos y cepos, se aguantaba hasta la primavera. Harina, tocino, frutas, nueces, carne seca, judías, patatas y aceite eran los alimentos principales.

Sin embargo, una relación especial era con la perra. El animal es un ser sobre el que Andrés vuelca su cariño, su confianza: "...*había descubierto en la mirada de la perra...*"; "...*si moría, también la perra moriría.*" "*Después, repartí con la perra las sobras de la cena de la noche anterior...*". "*En el fondo era ella la que más me preocupaba.*"

Eran las condiciones de miseria las que habían empujado al éxodo a los habitantes de Ainielle y de otros pueblos del Pirineo: "*Como si un día, de pronto, las gentes hubieran levantado sus cabezas de la tierra, después de tantos siglos, y hubieran descubierto la miseria en que vivían y las posibilidades de remediarla en otra parte. Nadie volvió jamás.*"; "...*se alejaron en silencio por los senderos y caminos que van a la tierra baja.*" Son las tierras más ricas del llano las que por una parte atraen a los pobres habitantes de los pueblos de la montaña, pero también la industria contribuye a la despoblación de Ainielle, como es el caso de Bescós, que "*al acabar la guerra, bajó a Biescas a trabajar en la hidroeléctrica y, desde entonces, -recuerda Andrés- yo le cuidaba las ovejas cuando subían a los puertos de Ainielle en primavera.*"

No obstante, más allá de la complejidad de las relaciones del pequeño grupo, de la larga monotonía que supone la decadencia y desaparición de un pueblo, más allá del lugar en sí mismo y de su paulatina destrucción, existen algunos otros temas de la existencia humana⁶ que cabría la pena considerar.

LA SOLEDAD, LA MEMORIA, EL TIEMPO Y LA MUERTE

"...Los ojos se habitúan a un paisaje, lo incorporan poco a poco a sus costumbres y a sus formas cotidianas y lo convierten finalmente en un recuerdo de lo que la mirada, alguna vez, aprendió a ver." La relación lugar-costumbres-memoria se va convirtiendo cada vez más en memoria pura, porque memoria y realidad van unidas en una sociedad que se derrumba, en una población que se extingue junto con el lugar en que habita, desapareciendo lentamente las costumbres que, al igual que las casas y las calles, van siendo absorbidas por la maleza del tiempo; siendo al final, la memoria y el tiempo las únicas constantes habitadas por la soledad.

Mas eso no sucede de repente, no llega solamente al final, ni cuando el vacío ya ha tomado Ainielle, sino que nace mucho antes, con los primeros anuncios del éxodo, acaso antes todavía. Cuando Andrés recuerda a sus padres, rememorando su niñez, dice: "...adoptaba sus recuerdos como míos. Construía de ese modo mi memoria con los suyos."

Al quedarse completamente solo, tras la muerte de Sabina, Andrés concluye: "A partir de ese día, la memoria fue ya la única razón y el único paisaje de mi vida." Y de igual forma que le preocupa qué sería de la perra si él moría, le preocupa qué sería del lugar: "El tejado y la luna. La ventana y el viento. ¿Qué quedará de todo ello cuando yo haya me haya muerto? ¿En qué mirada seguirán?"

Pero si hay algo más poderoso que la memoria para combatir la soledad del pueblo eso es la naturaleza misma, de nuevo el lugar. "Hasta su orilla (habla del río) he ido muchas veces estos años, buscando compañía, cuando la soledad era tan fuerte que ni siquiera los recuerdos podían sustraerme a su obsesión."

Y así, "la lluvia amarilla va borrando la sombra del tejado de Bescós y el círculo infinito de la luna." El tiempo va dejando de existir. Ainielle y Andrés van a salir del tiempo, a la vez. "Como arena, el silencio sepultará mis ojos. Como arena que el viento ya no podrá esparcir. Como arena, el silencio sepultará las casas. Como arena, las casas se desmoronarán."

Por fin, la muerte. La muerte que "mientras hubo vecinos en Ainielle nunca estuvo vagando más de un día por el pueblo. Porque cuando alguien moría, la noticia pasaba, de vecino en vecino, hasta el final del pueblo y el último en saberlo salía hasta el camino para contárselo a una piedra. Era el único modo de librarse de la muerte. La única esperanza, cuando menos, de que, un día, andando el tiempo, su flujo inagotable pasara a algún viajero que, al cruzar por el camino, cogiera, sin saberlo, aquélla piedra."

He aquí, en un pequeño pueblo pirenaico, más allá de la ficción o la realidad de la costumbre, cómo tiende a equilibrar la balanza de su futuro una comunidad endogámica de devenir incierto. La más optimista de las tradiciones ante el más incierto y temible de los destinos es la fórmula que utilizan sus gentes.

Con la muerte del último vecino de Ainielle, que corre pareja a la aniquilación del pueblo, se cierra esta narración de Julio Llamazares que es sin duda un bello estudio etnográfico convertido en literatura o, quizás, una magnífica obra literaria de la que pueden extraerse consideraciones etnográficas evidentes.

Ciertamente resulta difícil aventurar dónde está en ocasiones, si es que existe, la frontera entre el arte literario y el trabajo etnográfico. Acaso ambos, en ocasiones, son la misma cosa. Así fue, según todos coinciden, en el caso de una obra paradigmática en el campo de la antropología y la literatura contemporáneas: el libro de viajes de Claude Levi-Strauss "Tristes Trópicos".

EPÍLOGO

A veces, como en el caso de Ainielle, la realidad, la literatura y la vida se influyen hasta el punto de que contribuyen a que permanezca la memoria colectiva. En un trozo de la "Lluvia amarilla", Andrés piensa, aunque difícil, que su hijo vuelve a Ainielle. *"Y cabe, incluso, que un día Andrés regrese, al cabo de los años, para enseñarle Ainielle a su familia, a tiempo todavía de ver su casa en pie como recuerdo de la lucha de sus padres... Si Andrés vuelve algún día, será seguramente para ver un gran montón de arbustos y ruinas. ...No quedará ya nada de lo que un día fue suyo."*



Imagen de europapress.es